

NOTAS PARA EL PRESIDENTE SOBRE LA UNIÓN IBÉRICA Y LA DEFINITIVA INDEPENDENCIA DE PORTUGAL (1580-1640).

El reinado de Felipe II de España sobre Portugal, tras cinco siglos de independencia lusa (1139), se debió a múltiples circunstancias políticas y dinásticas, pero fue precedido de un periodo de profunda españolización de la sociedad portuguesa.

A lo largo del siglo XVI, Portugal dependía económicamente en buena medida de las importaciones de sus colonias (especias, lacas, porcelanas), pero cada vez se hizo más dependiente del trigo castellano y de la plata que afluía a Sevilla desde América, una vez puestos en explotación los yacimientos de Perú y Méjico. De esta época data también la pesca del bacalao en aguas del Atlántico norte y, en general, una tupida red de contactos comerciales por todo el mundo, desde África, Brasil y Asia a las principales capitales europeas, como Amberes y luego Amsterdam. Por ello, los mercaderes portugueses eran utilizados por los castellanos como intermediarios para el comercio con otras partes de Europa. Además, los enemigos comunes (Francia, Inglaterra, Holanda, la piratería atlántica, los árabes y los turcos) soldaban los lazos políticos de estos dos aliados naturales.

Antes de la Unión Ibérica, existía en Portugal una sociedad bastante similar a la castellana. La nobleza se regía por los mismos patrones y contaba con las mismas clasificaciones (desde los "grandes" a los hidalgos), y lo mismo sucedía con el clero, cuyos máximos exponentes provenían de las familias nobles. Asimismo, las órdenes religiosas se multiplicaban, dando lugar a una explosión de fundaciones conventuales. Incluso la Inquisición había sido importada, a pesar de la muy diferente entidad del problema de los protestantes y judíos; se trató de un instrumento más para la centralización del país bajo el poder del monarca portugués y para el control ideológico de los intelectuales mediante la aplicación rigurosa del *Índice* de libros prohibidos. Antes de la subida al trono portugués de Felipe II existían ya dos universidades, la de Coimbra y la más reciente de Évora (1559), impulsada por los jesuitas y que se convirtió pronto en un foco intelectual de altura, con muchos profesores extranjeros (como el español Luis de Molina). Incluso en la población alentejana de Vila Viçosa, muy cerca de Borba, hubo un intento de crear una tercera universidad en 1560, pero fracasó al fallecer su mentor, el Duque de Bragança. También como en España surgía en las ciudades una nueva clase burguesa y mercantil, acomodándose entre las presiones de la corona, los nobles y sus rivales extranjeros ya instalados, y poco a poco surgen las concentraciones de capital, ya no en manos de personas físicas, sino de compañías y firmas comerciales. España e Italia marcaban también el canon en materia artística, impulsando el paso del arte del renacimiento al manierismo en Lisboa, Évora, Porto o Coimbra. Ya a finales del siglo XV y

durante todo el XVI la mayoría de los autores, cortesanos y personas ilustradas eran bilingües o hablaban un poco español, la lengua de moda. Los autores más ilustres redactaban sus obras literarias alternativamente en uno u otro idioma, como en el caso de Gil Vicente, creador del teatro luso, o el propio Camões. Existía un amplio tráfico de profesores y alumnos entre las universidades de la península

Dadas estas circunstancias los más acreditados historiadores portugueses señalan que “sería un error suponer que la Unión Ibérica era sólo un deseo o un capricho de un pequeño grupo de cabezas coronadas, sino que se volvió también económica, social y culturalmente viable” (Oliveira Marques) o que se trata “mucho más de un punto de llegada que de un punto de partida, consagrando dinásticamente el cambio de estructura de mediados de siglo” (Magalhaes Godinho).

El caso es que, durante todo el siglo XVI, eran continuos los lazos dinásticos entre las monarquías ibéricas. D. Manuel I de Portugal, se había casado sucesivamente con tres princesas españolas. Carlos V se casó con D^a Isabel de Portugal y casi al mismo tiempo el rey portugués D. Joao III se casaba con Catalina, la hermana más joven del emperador español. Los cruces se repitieron a la siguiente generación, casándose Felipe II en 1543 con D^a. María y el príncipe heredero portugués en 1552 con Juana, la hermana de

Felipe II, de quienes nació el heredero D. Sebastián, pues su padre moría al poco de nacer éste.

En efecto, al fallecer en 1557 D. Joao III, el heredero era este niño enfermizo de tres años de edad. La regencia le correspondió a su abuela D^a. Catalina hasta 1562 y a su tío abuelo D Henrique hasta el reinado efectivo de D. Sebastián, a partir de 1568 con 14 años de edad. Obsesionado el joven rey por un sentimiento religioso de expansión de la fe, soñaba con conquistar Marruecos para la cristiandad, absurda empresa en la que le animaban una serie de jóvenes cortesanos tan inexpertos y osados como él. Una vez consiguió dinero para ello, a base de préstamos e impuestos se lanzó a la mar. Para su segunda expedición intentó que su tío Felipe II de España le ayudase, para lo que vino a verle a Guadalupe en 1576. En 1578, finalmente, logró afrontar la tan deseada batalla con un ejército del sultán en Alcázarquivir, en lo que se convirtió en la mayor vergüenza de la historia militar de Portugal. De los 15.500 infantes y 1.500 caballeros apenas lograron salvarse un centenar, y el rey no estaba entre ellos.

La muerte del rey (a la que siguió durante decenios la leyenda de su supervivencia y la idea de que volvería a gobernar Portugal, dando nombre a ese sentimiento providencialista portugués llamado *sebastianismo*) obligó nuevamente a un ya anciano D. Henrique a asumir nuevamente la regencia. Las complicadas relaciones dinásticas daban lugar a la existencia de cuatro

posibles pretendientes, entre ellos un niño de nueve años y el poderosísimo rey español Felipe II, quien obviamente contaba con todas las ventajas de facto. Hábiles maniobras políticas por parte de embajadores y espías, que incluyeron generosos sobornos acompañados de apenas disimuladas amenazas militares, unido a la buena fama de la administración española lograron finalmente convencer a la élite política portuguesa y a la burguesía comerciante, a la que interesaba la protección política española por todo el imperio y la posible caída de las barreras arancelarias con España. Paradójicamente podría decirse que el apoyo final de la nobleza portuguesa se contraponía al temor de los nobles españoles por el evidente fortalecimiento del rey en su detrimento.

Finalmente una incursión militar por tierra y mar comandada por el Duque de Alba hizo caer definitivamente las ya escasas resistencias, nucleadas en torno a otro de los pretendientes, que finalmente logró huir a Francia. Felipe II entró en Portugal en diciembre de 1580, quedándose en Portugal hasta 1583, periodo en el que las Cortes portuguesas reunidas en Tomar le aclamaron Rey de Portugal con el título de Felipe I. Se trataba, pues, de una monarquía dual (la misma persona era rey de dos naciones) y no de una anexión de Portugal a la corona española. Y ello tuvo su reflejo legal en las citadas Cortes de Tomar, en las que se garantizaba una muy amplia autonomía política interna portuguesa, siendo sacrificada, eso sí, la política exterior. La administración quedó en manos de los portugueses;

ningún español podía ser nombrado para cargos civiles o eclesiásticos, de justicia o de defensa. Sólo los virreyes podrían ser españoles, pero sólo si eran miembros de la familia real hasta el grado de sobrinos. Se mantenían las Cortes, sin presencia de miembros españoles. El imperio de ultramar seguiría siendo gobernado por Lisboa de acuerdo con sus leyes. La lengua oficial sería el portugués y la moneda no se uniría. El rey no podía dar tierras portuguesas a los españoles y la casa real portuguesa seguiría administrada por portugueses. El tránsito sería libre entre los dos reinos, lo que facilitaba a los portugueses el movimiento por todo el vasto imperio español. Además de esta autonomía política, se dieron otras ventajas, como la supresión de las aduanas en la frontera, lo que era vital para la entrada de trigo castellano, y préstamos para los gastos urgentes del reino, entre ellos la redención de los cautivos en Marruecos. Esta sabia decisión de mantener la identidad de la nación, la puesta en práctica de una buena administración de patrón español, una relativa prosperidad y tranquilidad, y el nombramiento de gobernadores sensibles a esta política, permitieron que la pérdida de la independencia se aceptara de mejor grado, lo que deslegitimó las intentonas sucesivas del pretendiente huido a Francia.

En sus últimos años, Felipe II avanzó en este camino sustituyendo al Gobernador por un Consejo presidido por el Arzobispo de Lisboa, pero, a su muerte en 1598, su hijo Felipe III, Felipe II en Portugal, desinteresado de las cuestiones de Estado entregó en la práctica la gobernación a su valido el

Duque de Lerma. El favorito real sustituyó al Consejo por un nuevo gobernador en la persona del Marqués de Castelo Rodrigo, quien siempre defendió el mantenimiento de la autonomía concedida por Felipe II y las Cortes de Tomar, en un clima que era ya en Madrid claramente centralizador, a la vista de las dificultades del Imperio. A partir de 1611 aumentaron los impuestos y los préstamos forzosos a la corona, lo que fue creando un cierto clima de descontento que el rey español pretendió calmar dando tierras a los nobles y viajando a Lisboa en 1619. Es en esta época en la que surge el sebastianismo, la idea de que el joven rey volvería de algún sitio en el que rumiaba su vergüenza por la derrota en Marruecos para independizar a Portugal de la corona española. Surgieron varios impostores que fueron ejecutados, pero el rumor se extendía sin tregua por todos lados, alimentado por el mesianismo de los judíos y cristianos nuevos, buenos conocedores de la Biblia y sus resortes psicológicos. Ello dio alas a los partidarios de la independencia.

Felipe III murió en 1621, subiendo a ambos tronos un Felipe IV con dieciséis años, pronto aconsejado por un todopoderoso Conde Duque de Olivares, quien continuó la precedente centralización para intentar hacer frente a los múltiples problemas que se planteaba un Imperio demasiado grande para manejarse por unos reyes débiles e inexpertos y que culminaron en la guerra de los Treinta Años a partir de 1630. Esta situación obligaba a forzar aún más las cosas en todos sitios para conseguir recursos como fuera,

incluido Portugal, claro está. En esa época el Imperio portugués sufrió ataques holandeses e ingleses desde Oriente Medio a Brasil, pasando por África, y de esta falta de protección acusaban también los portugueses a la Corona española. Algunos motines comenzaron a sucederse, y se agudizan con las necesarias levadas de abastecimiento de hombres al ejército imperial para mantener los múltiples frentes abiertos en toda Europa, ajenos la mayoría de ellos a los intereses de los portugueses. Tras los problemas con los gobernadores portugueses, poco dispuestos a ser los representantes de esta política en su tierra, Olivares recurrió a una prima de Felipe IV para la gobernación de Portugal, Margarita de Saboya. En este clima de creciente descontento fue germinando un sentimiento nacionalista que, a pesar de la pujanza cultural del idioma castellano y de las modas intelectuales de la corte española, fue calando en buena parte de las élites intelectuales del país vecino. Las ventajas económicas de la unión, además, se estaban volviendo desventajas con la pérdida de muchas posesiones de ultramar y un descenso enorme en la actividad mercantil por mar. Incluso en España, con los problemas ya acuciando, se desató una cierta campaña contra los portugueses, a los que se acusaba de judaísmo y otros pretextos. Los motines populares por la escasez de bienes se daban por todas partes, desde Vizcaya a Évora, pasando por los doce años que costó apagar la revuelta nacionalista catalana de 1640, y que hizo concebir esperanzas similares a los portugueses, animados por agentes franceses que no desaprovechaban ocasión alguna para debilitar a su enemigo hispánico.

En ese mismo año de 1640, un hasta entonces reticente Duque de Bragança acepta encabezar una revuelta que ataca el palacio real de Lisboa y prende a Margarita de Saboya. El Duque, amparado por unos supuestos documentos del siglo XII que le daban preferencia sobre la línea española, es aclamado como el rey D. Joao IV y sólo Ceuta permanece fiel a Felipe IV. A esta declaración le siguieron 28 años de lucha hasta conseguir la definitiva independencia. Durante este tiempo, una parte de la nobleza más proespañola (que llegó a intentar una conspiración) dio paso a un sentimiento nacionalista fuertemente implantado en las clases populares, que poco a poco fue ganando espacio hasta ser generalizado. Durante sus 16 años de reinado, poco más que mantener militarmente sus fronteras pudo hacer el nuevo rey, lo que le impidió defender las posesiones ultramarinas, que caían inexorablemente en manos de sus enemigos (posesiones en Arabia y Golfo Pérsico, parte de Angola, Santo Tomé, etc.), aunque algunas pudieron ser recuperadas más tarde.

El conflicto con España y la extrema debilidad de la nación, obligaron a Portugal a echarse en brazos de los ingleses y holandeses, quienes buscaron en los apoyos políticos y militares contra los españoles, pingües ventajas económicas y comerciales, como las cesiones de Bombay y Tánger. La necesidad de recursos para mantener todos estos frentes redujo los flujos financieros internos y se vivió un estancamiento económico, dado por bueno

por las clases que más contribuían a él en la convicción de la necesidad de mantener la independencia de la metrópoli, aunque se perdieran algunas colonias. Ello fue más fácil de lo previsible, dada la evidente diferencia en la capacidad militar de uno y otro lado, por el hecho de que España se enfrentaba al final de la Guerra de los Treinta Años y la revuelta catalana.

D. Joao IV murió en 1656 y, a la espera de la mayoría de edad del nuevo rey Alfonso VI, se encargó de la regencia la reina madre D^a Luisa de Guzmán, auxiliada por toda una serie de consejos y una creciente burocracia lisboeta. En esta época de relativa debilidad política se sucedieron las campañas españolas más fuertes, desde 1662 a 1665, en las que técnicos y estrategias alemanes y franceses auxiliaron a un ejército portugués que se alimentaba también con mercenarios extranjeros. La guerra pudo considerarse terminada con la derrota española en Montes Claros (Alentejo) en 1665. Divididas en facciones enfrentadas la clase dirigente portuguesa, franceses e ingleses manejaron los intereses contrapuestos de unos y otros mediante matrimonios de conveniencia y tratados, lo que empujaba a España hacia una firma de la paz con Portugal. Fallecido Felipe IV en 1665, le correspondió a su débil hijo Carlos II la firma del tratado en 1668, en el que se reconocía la independencia plena de Portugal y se garantizaban sus fronteras. Sólo Ceuta permaneció vinculada a España.

De esta época Portugal salía con un Imperio bastante debilitado y una mayor dependencia de otras potencias extranjeras que habrían de pasar factura en los decenios siguientes. También con un temor hacia el poderoso vecino del este que se ha mantenido bajo unos u otros ropajes hasta nuestro siglo.